

“FUERA DE LA IGLESIA NO HAY SALVACIÓN”

José M.^a Castillo, Pbro.

La impresionante serie de solemnes declaraciones del Magisterio eclesiástico que transcribimos impedirá a quien esté persuadido de la singularísima asistencia con que el Espíritu Santo rodea tales declaraciones, no solo en su objeto, sino aun en su formulación, calificar la expresión «Extra Ecclesiam nulla salus» de «enunciado poco feliz», «defectuoso enunciado». Antes bien verá en él la expresión de una verdad fundamental cristiana, que, sin embargo, debe ser entendida conforme a su origen, finalidad y teniendo en cuenta otras verdades complementarias de la regla general. Esto pide el más elemental sentido de interpretación.

Año

- 585** «(El cismático) si fuera de la Iglesia muriere, no puede llegar a los premios de la Iglesia». Pelagio II (Denzinger 247).
- 1208** «De corazón creemos y con la boca confesamos una sola Iglesia, no de herejes, sino la Santa, Romana, Católica y Apostólica, *fuera de la cual creemos que nadie se salva*». Inocencio III (Denz. 428).
- 1215** «Una sola es la Iglesia universal de los fieles, *fuera de la cual nadie absolutamente se salva*». Concilio IV de Letrán (Denz. 480).
- 1302** «Por apremio dé la fe estamos obligados a creer y mantener que hay una sola Santa Iglesia Católica... y *fuera de ella no hay salvación*». Bonifacio VIII (Denz. 468).
- 1351** «*Ningún hombre... podrá finalmente salvarse fuera de la fe de la Iglesia*». Clemente VI (Denz. 570 b).
- 1442** «Nadie que no esté dentro de la Iglesia Católica... puede hacerse partícipe de la vida eterna». Concilio de Florencia (Denz. 714).
- 1743** «Esta fe de la Iglesia Católica, *fuera de la cual nadie puede salvarse*». Benedicto XIV (Denz. 1478).
- 1854** «Por la fe debe sostenerse que *fuera de la Iglesia Apostólica Romana nadie puede salvarse*». Pío IX (Denz. 1647).
- 1863** «Bien conocido es el dogma católico, a saber, que *nadie puede salvarse fuera de la Iglesia Católica*». Pío IX (Denz. 1677).
- 1864** «Los hombres pueden encontrar en el culto de cualquier religión el camino de la salvación eterna». Proposición condenada en el «Syllabus» (Denz. 1716).
- 1896** «Todo el que se aparta de la Iglesia..., dejado el camino de la salvación se desvía hacia su ruína». León XIII (Denz. 1955).

Siempre ha interesado a los hombres las cuestiones que plantea la Teología del más allá; es el misterio de nuestra existencia después de la muerte. Si a esto unimos la actualidad de un problema eclesiológico, comprenderemos la importancia capital de esta pregunta: ¿es posible la salvación fuera de la Iglesia?

El problema eclesiológico ocupa las mentes de los teólogos desde que existen herejías y cismas en la Iglesia, desde el comienzo del cristianismo. En el momento mismo de producirse una herejía o de rasgarse la inconsútil túnica de la unidad eclesiástica por un cisma, el problema no es tan angustioso. La pasión y aun la mala fe pueden jugar entonces un papel más hondo y más decisivo. Pero cuando la herejía o el cisma logran la pacífica posesión de una parte de la Iglesia, desaparecen en muchos esos elementos voluntarios, que permitirían explicar su pérdida por la trágica adhesión voluntaria al mal. Entonces, como en orden de la permanencia en el error no cabe dudar de la buena fe de muchos secuaces de la herejía o del cisma, es cuando se repite la interrogación torturante: ¿es imposible la salvación fuera de la Iglesia verdadera?

Añádase la consideración del mundo pagano, desconocedor de Cristo y de la Iglesia en masas inmensas, y sin duda pensaremos con temblor en las consecuencias gravísimas que pueden seguirse al responder negativamente sin distingos.

La mayor parte de la humanidad, que en el correr de los siglos ha vivido al margen de la Iglesia Católica, se habría visto por eso privada de su último fin. Turbas inmensas que cada día caminan inevitablemente hacia su condenación eterna. La duda surge fuerte: ¿y quiere Dios que se salven todos los hombres?

¿Vamos a admitir sin interpretación posible las tajantes palabras de cierto autor antiguo: «ten firmísimamente y en modo alguno dudas de que no sólo todos los paganos sino también todos los judíos y todos los herejes y cismáticos que viven fuera de la Iglesia Católica han de ir al fuego eterno preparado para el diablo y sus ángeles»? (1). Expresiones como éstas, repugnan a nuestra

mentalidad, formada en la concepción de un Dios Padre universal y de un Cristo sediento y sangrante que extiende su redención en el espacio y en el tiempo sin límites ni fronteras. Nos suenan como la formulación del más absurdo e intolerable *Rigorismo*.

La solución opuesta es el *Indiferentismo*. Las ideas relajadas del siglo XIX nos ofrecen una teoría de la salvación que, por excesivamente fácil, nos parece también absurda. En cualquier religión se puede encontrar el camino para salvarse; la Iglesia Católica es una de tantos caminos.

Es igualar sistemas, a veces contradictorios, para conseguir un mismo fin. Comprendemos que aquí tampoco está la verdad, ni esta puede ser la postura de un católico ante el problema.

¿Dónde está la verdadera solución?

«*Extra ecclesiam non est salus*»

La inteligencia exacta de este axioma teológico nos pondrá en el camino de la verdadera solución. De él tomamos el punto de partida para nuestro estudio.

Dios quiere que todos los hombres se salven y vengán al pleno conocimiento de la verdad. Pero esta salvación, que se ofrece a



(1) S. Fulgencio. *De fide ad Petrum*. R. 2275.

todos, está condicionada; no existe sin nos Cristo. Él es el único Mediador de donde viene la redención y la salud (1 Tim 2 4-5). Sólo por Él, los que reciben la sobreabundancia de la gracia y el don de la justicia reinarán en la vida (Rom 5 17). En Él tenemos la redención por su sangre, la remisión de los pecados (Eph 1 17).

Podríamos multiplicar textos pues es doctrina capital en San Pablo: solo hay redención y vida por Cristo y en Cristo.

Son elocuentes en este sentido las palabras de San Pedro: Cristo «*es la Piedra desechada por vosotros (judíos) los constructores, la que ha venido a ser piedra angular. Y no se da en otro ninguno la salud, puesto que no existe debajo del cielo otro nombre, dado a los hombres, en el cual hagamos de salvarnos*» (Act 4 11-12).

No pensemos que se trata de una unión con Cristo meramente extrínseca. Es algo tan íntimo como la misma vida. Cristo es la vid, los hombres los sarmientos; como el sarmiento no puede llevar fruto de sí mismo si no permanece en la cepa, así tampoco los hombres si no permanecen en Cristo; sin Cristo nada podemos hacer (Jo 15 1-11). Es la quintaesencia de la doctrina paulina sobre el cuerpo místico, fuera del cual no hay salvación.

Mas por otra parte sabemos que este

cuerpo es la Iglesia, cuya cabeza es Cristo (1 Cor 12 4-30; Eph 1 22-23; Col 1 18-20). Así hemos llegado a la consecuencia lógica: fuera de la Iglesia no hay salvación.

Soberanamente nos da San Agustín este mismo argumento: «háganse (los hombres) cuerpo de Cristo si quieren vivir del espíritu de Cristo. Del espíritu de Cristo no vive sino en Cuerpo de Cristo» (2). Y en la célebre carta contra los Donatistas: «El Cristo total es la cabeza y el cuerpo. La cabeza, el Unigénito Hijo de Dios; el cuerpo, su Iglesia» (3). La conclusión fluye: fuera de la Iglesia Católica el hombre lo puede todo, todo menos la salvación.. ; si no es en la Iglesia Católica, no podrá encontrar la salvación (4). Por lo demás, la tradición patristica abunda en estas expresiones, siendo ya clásica, para representar a la Iglesia la imagen del Arca de Noé, único medio de salvación.

Así hablan las fuentes de la revelación. La Iglesia, con su autoridad infalible, ha sancionado esta doctrina como verdad de fe. Desde Inocencio III (1208) hasta Pío XII los testimonios clarísimos se han sucedido. Basten como ejemplo las palabras del Concilio IV de Letrán: «La Iglesia Universal de los

(2) Rouët de J. *Enchiridion Patristicum*. 1824.

(3) c. 4, n. 7 ML 43, 395.

(4) R. 1858.

En efecto, por la fe debe sostenerse que fuera de la Iglesia Apostólica Romana nadie puede salvarse; que ésta es la única arca de salvación; que quien en ella no hubiera entrado, perecerá en el diluvio. Sin embargo, también hay que tener por cierto que quienes sufren ignorancia de la verdadera religión, si aquella es invencible, no son ante los ojos del Señor reos por ello de culpa alguna. Ahora bien, ¿quién será tan arrogante que sea capaz de señalar los límites de esta ignorancia, conforme a la razón y variedad de pueblos, regiones, caracteres, y de tantas otras y tan numerosas circunstancias? A la verdad, cuando libres de estos lazos corpóreos, veamos a Dios tal como es (I Io 3²), entenderemos ciertamente con cuán estrecho y bello nexo están unidas la misericordia y la justicia divinas; mas en tanto nos hallamos en la tierra agravados por este peso mortal, que embota el alma, mantengamos firmísima-

fieles es única, fuera de la cual nadie se salva» (5).

El único medio

Interesa concretar este aspecto vital del problema. Al decir «fuera de la Iglesia no hay salvación», afirmamos que la Iglesia Católica es el único medio o condición establecida por Dios para conseguir la salvación. Quedan, por consiguiente, excluidos de la vida eterna incluso aquellos que inculpablemente no están unidos a la Iglesia. No es solamente un precepto, en cuyo caso el no cumplirlo, excusaría cuando se obrase sin culpa, vg. por ignorancia. Es una necesidad tal, que de omitirse o faltar no se logra el fin en ningún caso. Es lo que técnicamente se llama necesidad de medio.

No es preciso esforzarse mucho para comprender la verdad de esta afirmación: es el sentido obvio y natural de las pruebas antes aducidas. Sin la gracia no hay vida eterna; sin permanecer en el Cuerpo Místico no hay gracia, como sin permanecer en la vid, los sarmientos no tienen vida. Es la misma idea contenida en la imagen del Arca de Noé; aun los que inculpablemente no se acogieron al Arca, perecieron. Y es interesante

notar la universalidad absoluta con que hablan los documentos eclesiásticos, de tal forma que esta necesidad afecta incluso a los niños que por carecer de uso de razón, son incapaces de un precepto. Ha de tratarse, pues, de una necesidad de medio.

Conviene, sin embargo, evitar un equívoco. No decimos se trate solamente de una necesidad de medio. Evidentemente el pertenecer a la Iglesia Católica es también un precepto. Todo lo que es medio necesario para conseguir un fin es al mismo tiempo un precepto, si el fin está preceptuado. Y ese es precisamente nuestro caso, pues el fin a que se ordena la Iglesia es la salvación de los hombres, salvación que estamos obligados a procurar con mandamiento gravísimo, urgente para todos.

Tenemos así un concepto claro y bien aristado: pertenecer a la Iglesia Católica es ciertamente un mandamiento gravísimo para todos los hombres; pero no sólo esto: estar unido a ella es, además, el único medio de conseguir la salvación. Queda por concretar en qué consista esta unión con la Iglesia, punto crucial del problema, donde radica la verdadera solución.

El misterio del axioma

El día trece de febrero de 1953, se fechaba

(5) Denz. 430.

mente según la doctrina católica que hay un solo Dios, una sola fe, un solo bautismo (Eph 4⁵); pasar más allá en nuestra inquisición, es ilícito.

Por lo demás, conforme lo pide la razón de la caridad hagamos asiduas súplicas para que todas las naciones de la tierra se conviertan a Cristo; trabajemos según nuestras fuerzas, por la común salvación de los hombres, pues no se ha acertado la mano del Señor (Is 9¹) y en modo alguno han de faltar los dones de la gracia celeste a aquellos que con ánimo sincero quieran y pidan ser recreados con esta luz. Estas verdades hay que fijarlas profundamente en las mentes de los fieles, a fin de que no puedan ser corrompidos por doctrinas que tienden a fomentar la indiferencia de la religión, que para ruina de las almas vemos se infiltra y robustece con demasiada amplitud.

Pío IX «Singulari quadam» 9-diciembre-1854.

un decreto del Santo Oficio que declaraba excomulgado al director del Saint Benedict Center de Boston, Leonardo Feeney. Su Santidad Pío XII había confirmado el día 12 la decisión tomada por el Supremo Tribunal el día 4. ¿Cual fue el motivo de esta determinación?

Feeney había dado una interpretación rigorista del axioma «extra Ecclesiam non est salus»; exigía en todo caso una pertenencia externa y visible a la Iglesia; así pues, sólo se salvarían sus miembros verdaderos, es decir aquellos que a ella están incorporados por el triple vínculo de que expresamente habla la «Mystici Corporis»: profesión de la verdadera fe, suscepción del Bautismo, unidad de régimen por la sumisión a la jerarquía. Quedan, por lo tanto, excluidos de la vida incluso aquellos infieles, herejes y cismáticos que de buena fe e involuntariamente permanecen en sus errores. El rigorismo es exagerado. Feeney despreció las repetidas admoniciones de Roma obstinándose en defender su postura; así vino la Excomuni6n.

Soluci6n verdadera

Muy distinta es la doctrina recta defendida por la Teología cat6lica. Sabemos que el acto de amor de Dios sobre todas las cosas puede suplir al Bautismo y devolver al hombre la gracia si ha caído en el pecado. Seg6n esta tesis enseñada en Trento, hemos de admitir la existencia de justos, que sin ser de hecho miembros de la Iglesia Cat6lica, participan de la vida de Cristo y est6n por consiguiente en el camino de la salvaci6n. Ese acto de caridad perfecta incluye en ellos necesariamente el deseo impl6cito aunque sea inconsciente de pertenecer a la verdadera Iglesia, y por ese deseo «se encuentran ordenados al Cuerpo Místico del Redentor» (6). Con motivo especial podemos afirmar 6sto de tantos cristianos separados de Roma que por estar de buena fe, permanecen inevitablemente en el error. En ellos ese deseo impl6cito es perfectamente explicable. Adem6s, han sido injertados en la

(6) «Mystici Corporis» ASS (1943) 242-243. Supuesto este acto de caridad perfecta, con el deseo impl6cito de pertenecer a la Iglesia, la actual incorporaci6n a Ella es solamente necesaria con necesidad de precepto.

Vid por el Bautismo y quiz6s han recibido otros sacramentos; participan las insondables riquezas de Cristo porque en 6l han sido agraciados.

Así vemos la posibilidad de salvaci6n para los infieles, herejes y cismáticos que de verdad y con coraz6n limpio buscan el Reino de Dios. Queda a salvo la voluntad salvífica universal: Dios quiere que todos los hombres se salven.

El decreto del Santo Oficio

Con admirable precisi6n y serenidad fij6 el Santo Oficio esta doctrina y mand6 hacerla p6blica en carta al Arzobispo de Boston, 8 de Agosto 1949 «Ninguno se salvará, —dice— si reconociendo que la Iglesia es de instituci6n divina por Cristo, rehusa, no obstante, someterse a ella o se separa de la obediencia al Romano Pontífice, Vicario de Cristo en la tierra». Es el caso extremo.

Pero aña-de: «Dios en su infinita misericordia ha querido que tratándose de aquellos medios de salvaci6n que se ordenan al fin del hombre..., los efectos saludables puedan tambi6n obtenerse en determinadas circunstancias cuando tales medios se han puesto sólo en el deseo o voto. Esto lo vemos claramente establecido en el Concilio Tridentino, tanto por lo que hace al bautismo, como a la penitencia. Lo mismo en su escala debe afirmarse de la Iglesia... Por tanto, para que una persona obtenga su eterna salvaci6n, no siempre se requiere que est6 de hecho incorporada a la Iglesia como miembro, sino que es necesario que por lo menos se haya unido a ella por el deseo o voto».

Pío XII

Tras la explicaci6n de ese deseo o voto que no se requiere expl6cito, sino que basta impl6cito, —es decir, el incluido en la buena disposici6n de alma por la cual una persona, animada por la *caridad perfecta* y basada en la fe sobrenatural, autom6ticamente desea que su voluntad se conforme con la de Dios en todo cuanto Dios dispone como medio necesario de salvaci6n—, recuerda el Santo Oficio una importantísima enseñanza de Pío

XII en su encíclica *Mystici Corporis*, según la cual, así como no están excluidos de la salvación eterna los que sin pertenecer al cuerpo de la Iglesia «están ordenados a él por cierto inconsciente anhelo o deseo», sin embargo, estos tales «se encuentran en unas condiciones en las que no pueden estar seguros de salvarse, ya que aún permanecen privados de aquellos abundantes dones y auxilios celestiales de que sólo se goza en la Iglesia Católica». Ni rigorismo, pues, desesperante para los que, de hecho fuera de la Iglesia, se ordenan a ella con el deseo o voto antes explicado, ni tampoco igualdad de circunstancias para salvarse en cualquier religión.

Por lo demás, la última clave de solución para explicar cómo los que, adultos, se pierden eternamente fuera de la Iglesia se pierden por su culpa, reside en la distribución abundante de gracias con las que llegarían a su ordenación al Cuerpo de Cristo, implícita en un acto de caridad perfecta, si respondieran a esas gracias.

Pecadores, infieles

Este es el misterio del axioma. Al decir que fuera de la Iglesia no hay salvación, no vamos a pensar, con una concepción injustificada, que todos los miembros de la Iglesia se salvan y todos los que viven externa-

mente alejados de ella se condenan. Hay muchos pecadores que, aun siendo miembros del Cuerpo Místico, por estar privados de la gracia, serán excluidos de la vida eterna; su pertenencia a Cristo es para ellos estéril, pues son sarmientos secos de la vid. Y sin embargo, también es cierto que más allá de los límites visibles de la Iglesia, hay hombres de buena voluntad, vivificados por la gracia de Cristo y ordenados por su buen deseo hacia el Reino de Dios.

La necesidad de pertenecer a Cristo y a su Iglesia es una verdad única y simple, mas tan profunda, que no podemos comprenderla, sino mediante una serie de proposiciones complementarias que obligan la inteligencia del creyente a pasar más allá, hasta el silencio de un acto de fe. Para los que no se elevan tan alto, sino que distinguen realmente la Iglesia y el Cuerpo de Cristo, separando así la causa de la Iglesia de la de Cristo y de su gracia, o que conciben la Iglesia bajo el patrón de una sociedad puramente humana, el axioma: «fuera de la Iglesia no hay salvación», pierde toda su luz, no será sino un slogan del que se adueñen los fanáticos para explicarlo en sentido rigorista o rechazarlo (7).

(7) Charles Journet. *L'Eglise du Verbe Incarné*, (París, 1951) T. II, 1085.

